

APARTE

10 CÉNTIMOS

Director: JOSÉ IRLES NEGRO * SEMANARIO CULTURAL * Redacción: Pozo, 34, 1.º, izquierda.

SUPLEMENTO EXTRAORDINARIO AL NUMERO 27

Año II

Alicante 14 de Agosto de 1922

Epoca II

CORNUPETOS Y BESTIARIOS

LA FIESTA DEL EMBRUTECEIMIENTO NACIONAL

Mientras en las canchales de Africa luchan sin saber por qué ciento cincuenta mil jóvenes y se gastan cinco millones de pesetas diarios, en la Plaza de Toros de Alicante cuatro bestiarios siembran en los ciudadanos el amor al heroísmo vano y al despilfarro inconsciente.

Razón de estas críticas y la agonia de la fiesta.

No debe extrañar que se acuda a todos los medios para combatir esta fiesta de muerte y de vergüenza. No basta con el apostolado y la propaganda culturales, es necesario presentar batalla a los flamencos dentro de sus propios circos, hacerles presente que no se acabó una campaña de las más sanas y patrióticas que se han intentado en España.

Y ahora más que nunca cuando la fiesta se va, cuando los flamencos y niños bitongos, ellos mismos comprenden que ya nada ni nadie podrá detener la descomposición de estos espectáculos de sangre, de simulación y de vergüenza.

La fiesta se va... Desde la muerte de Joselito la fiesta más nacional va de tumbo en tumbo. La afición se estremeció como nunca cuando vió muerto en una plaza pueblerina, un día cualquiera, no sólo al torero mejor de la época, sino al de todos los tiempos. ¿Qué clase de garantía puede, en efecto, tener una fiesta en la que su mejor sostenedor creído invulnerable por su arte, es muerto como un maletilla vulgar por un toro de una vacada poco menos que desconocida? En otro país ese caso hubiera bastado para que las autoridades suspendieran de raíz tales festejos. En España las autoridades no se cuidaron para nada de la moralidad y trascendencia de los espectáculos públicos y creemos con fundamento que desde la célebre Memoria de Jovellanos nadie volvió a insistir, y eso hace siglo y medio.

La muerte de Joselito debió ser la voz de alarma y todos hemos visto con desesperación que las autoridades se cruzaban de brazos ante la muerte de tanto bestiario joven como siguió a la del torero más grande. Por imitarle, por ocupar su sitio, por gustar aquella su popularidad y gloria no igualada por nadie, los jóvenes se arrojaron a toda clase de absurdos y no fué solo el pobre Granero quien se ofreció a la afición en holocausto del bestiario sevillano. Pero ¿es que importa a la afición que su propia

fiesta muera? No sabemos de nadie que la defienda, que la limpie de tanto parásito como se la ha adherido, de tantas inmoralidades como medran a su costa. La afición sabe que las corridas se van y no parece importarle mucho. Ha llegado hasta allí la indiferencia del pueblo y lo mismo le da a nuestro pueblo la muerte de la fiesta nacional como la derrota y derrumbamiento de nuestras fuerzas en Africa.

La prueba está en los espíritus cristianos. España, según todos, es un país de fervor y de catolicismo, siervo del Vaticano; y sin embargo, España no obedece al Papa. Muy pocos meses hace recibió la Presidenta de la Sociedad Protectora de animales y plantas de París, una carta autógrafa del Cardenal Gasparri, secretario de Estado de Su Santidad, en la que su Eminencia decía que las Bulas condenatorias de esas fiestas estaban en vigor y que hacía personalmente votos porque esas fiestas desaparecieran por ser contrarias al espíritu cristiano. ¿No es vergonzoso, por no decir otra cosa, que los propios católicos cuando se trata de estas fiestas desobedezcan al Papa?

No obstante, la fiesta se va. Y se va para siempre. La ha matado la inteligencia acusándola de haber derramado sobre España el flamenquismo e ideas de falso vigor, y de engallamiento inútil. La ha matado el error continuo de sus cultivadores que han transformado el ruedo en una sala de contratación. La ha matado la explotación de que la hacen víctima todos; los toreros cobrando cantidades fabulosas; los empresarios explotando increíblemente al público; la Hacienda pública abrumándola con tales impuestos, que los contratistas de bestiarios tienen que acudir a todas las argucias y mixtificaciones para salvar sus enormes ganancias. La ha matado la visión ridícula de tanto jovenzuelo falto de vigor y de hombría, que sin facultades y lo que es peor, sin aprendizaje, se han lanzado a los altos puestos inventando las más descabelladas y tontas suertes y lances. No hay sino recordar la suerte del delantal, la de las ban-

derillas a la mariposa o el pase de la firma. No solo parece esto cosa de manicomio, sino que comparándolo con los otros lances del torero, es indudable que la degeneración técnica misma es evidente. Y la ha matado más que nada, la triste visión de unos aficionados, que desde la muerte de Joselito buscan su ídolo y una vez y otra vez levantan a éste o al otro hasta que ven todos claramente que son muñecos imitadores.

Una prueba de la falta de hombría.

La prueba más clara de que la fiesta no tiene esperanza de resurrección está en que cada día las suertes del toro más favorecidas son las de capa, las de puro lucimiento. Los aficionados se quejan de que ya no saben los bestiarios matar. El mismo Joselito era en ello de una debilidad manifiesta. ¿No es cosa de reír recordando que el mismo Belmonte y el propio Joselito no dieron en el reconocimiento militar el perimetro torácico? ¿No es cosa de reír recordando que Chicuelo ha sido en estos últimos días declarado inútil para el servicio militar POR CARDIACO? ¿Por cardíaco un torero!... Parece cosa de cuento bufo. Y eso es lo que la fiesta es ya. Una legión de chiquillos se ha apoderado de la fiesta y ésta se muere de infantilismo. Todo es en ella cada vez más pequeño, los toreros, los toros los lances, los propósitos. Los ganaderos se han visto precisados a fabricar toritos para las suertes que hoy se inventan. Los críticos taurinos han tenido que dar entrada en sus crónicas todas las palabras de los cabarets y del tanguisino porque esa fiesta lo es ya de baile y de juego. Hasta las carroñas de los caballos despanzurrados son cubiertas hipócritamente con esteras. Y es que ya se van avergonzando de ellas propios cultivadores. El verdadero sentido moderno de la vida lleva el vigor de la juventud por otra parte. En Sevilla y en plena feria el que esto escribe vió con estupor que la gente se iba a ver el *foot-ball* y no entraba en las Plazas. Pocos días hace en Cartagena y Va-

lencia la visión de la Plaza vacía descorazonaba a los aficionados. Un bestiario muy cuco llamado Sánchez Mejías hacia el otro día en sus declaraciones a un periodista esta afirmación: «me siento solo en medio de la afición, ésta va por una ruta de perdición...»

Y tanto como va y él es uno de los que tienen la culpa, él es uno de los que piden por su arte cantidades exorbitantes, increíbles; esas cantidades que están asesinando las corridas porque la gente va convencido de que no son sino un negocio colosal en lo que cada día lo de menos es el vigor, el arte y el riesgo.

Ante el cartel de Alcaraz

El dibujante Alcaraz es amigo mío y siento en el alma tener que advertirle una cosa. Sus toros se mueven, son verdaderas obras maestras de proyección, de desplazamiento de energía formidable, pocos artistas como él saben observar y fijar los vibrantes movimientos de las fibras y nervios y músculos de la más brava fiera del Mundo; pero el asunto de su cartel no es recomendable y acusa degeneración en la fiesta. Ese toro sacrificando al pobre caballo es una visión desconsoladora. En arte no vale solo la técnica sino la intención, la idea. Se debió escoger otro asunto. Sin duda no lo hay ya. Es una fiesta que está agotada. Nadie, ni los dibujantes, ni los cartelistas saben ofrecernos nuevas interpretaciones. ¿No ha reparado el amigo Alcaraz que toda la inmensa descarga de energía de su bellissimo toro se emplea en cosa de tan poca resistencia como la de arrojar al aire un caballo todo pellejo y huesos? Ni el arte puede salvar la fiesta ya. Ese pueblo que llora en torno del ataud de Joselito en el sarcófago discorrido por Benlliure parece llorar la pérdida irreparable de una fiesta que se llevó todas las energías de la Raza sin provecho para esa Raza, que absorbió popularidades capaces ellas mismas de crear genios útiles en otro orden de cosas. Es en vano que las empresas y los apoderados

quieran engañar al público con carteles esplendorosos, con la leyenda de sol y luz, de músicas y esplendores. Detrás de esos cromos y esas lentejuelas está la verdad. ¡Oh, si el público supiera cómo se hacen los toreros de hoy, cuánto les cuesta todas esas planas de periódicos ilustrados o diarios, esas fotografías y alabanzas que en ellos vienen!... Como periodista que soy lo sé muy bien y lo digo a ver si la afición escarmenta. Es vergonzoso, vil, bajo, que los apoderados de los bestiarios se pasen por las administraciones de los periódicos y encarguen planas enteras de elogios, y es triste, penoso que haya quien lo crea, quienes se los tragan, quienes le dan otra importancia que la horrible de acusar que la fiesta es ya solo un pugilato de pesetas a la rebatía en la que hay que sacrificarlo todo a

hacer negocio y hacerlo deprisa, no sea que se acabe. Porque con haber tantas pruebas de que la fiesta se va, la mayor de todas es la de los empresarios acudiendo a la propaganda desenfundada sin que les detenga en ese camino dignidad ni concepto alguno de la vergüenza.

La Beneficencia y el negocio de las Corridas

Una vez más protestamos de que se unan dos conceptos tan extraños el uno al otro como son la caridad y las Corridas de Toros. Todo eso de corridas patrióticas y corridas de beneficencia está desprestigiado. A los enfermos y a los asilados el Estado, los Municipios, los Concejos les deben auxiliar, en vez de comerse ellos el dinero que debe destinarse a salvar la miseria está fuera de toda

idea cristiana de caridad porque puede morir un hombre en el empeño y porque son ocasión de aumentar esa misma miseria a la que se quiere hacer frente. Pero con haber tantas razones como hay para protestar de que la caridad y los toros estén endiabladamente juntos en nuestra sandunguera Patria la mayor razón de todas es que eso se presta a negocios poco claros. En efecto, como la fiesta es hoy tan cara al público como al empresario, suelen éstos, en defensa de su dinero, acudir a toda clase de medios. Tenemos anotados los curiosísimos medios de que se valen para defraudar a la Hacienda, incluso el firmar con los toreros recibos de percepción insignificante de cantidades para no perjudicarse. Mas entre tanto medio como los listísimos empresarios ponen en práctica, el más

peligroso para la Sociedad y la Raza es o puede ser el escudarse en la Beneficencia pública para hacer un pingüe negocio particular. Y así como hay Sociedades de recreo y juego que para no pagar al Estado no dudan en llamarse *Ateneos* porque el Estado salva de gastos a estos centros de cultura, así puede ser que la palabra Beneficencia pueda servir de escudo a ganancias y otros provechos particulares. Por eso avisamos al pueblo del peligro que entre otros morales tiene este caso. Y no insistimos en esto porque nos hace falta sitio para reseñar lo que hemos visto en una de estas corridas de toros que van de tumbo a tumbo a la desapaición absoluta pese a su acrecentamiento en el Sur de Francia y en América del Sur. Porque la fiesta nacional se va...

CÓMO ES LA FIESTA

Cerca de la Maison Dorée tomamos un coche José Bordera, mi gran amigo, y ese gran apóstol del antitamenquismo que se llama Irlés Negro, más que amigo mío, hermano. En el camino vemos el consabido cliché español de luz y de sol de la ida a los toros en el que a la alegría infinita de los que van se une la envidia y la crítica de los que quedan. Al pasar por el Club Magritas recuerdo con pena que la Banda Municipal asistió al estreno de este Círculo que debe desaparecer y sin duda deben ver esta idea en mis ojos porque ellos me insultan hablando no sé qué de mis melenas.

Al llegar a la Plaza mi primera visita es para la enfermería en la que encuentro bien todo eso así en el patio de caballos donde entre veinticuatro caballos hallo ocho yeguas una con la pata coja que adiestran y pasean para que sirva y otra con divina; entre los caballos la mayor parte de ellos no tiene alzada suficiente y dos de ellos tienen ojo perdido; en fin, que los veterinarios no se han acordado de que el Reglamento prohíbe todo eso, sobre todo las yeguas, la infamia mayor que se comete en las plazas.

Pasea por el ruedo la banda de Bellas Artes excitando el entusiasmo.

Un cromo de proyección tremenda los tendidos de sombra, vacío en el sol, vacío casi absoluto en los palcos.

El Presidente viene a mí muy cortés. Es un viejo amigo. Me dice que está a mi disposición. Asevera Vázquez. Mientras empieza el espectáculo de sangre me fijo con pena en los leones que sostienen el escudo del repostero de la presidencia los únicos leones que hay en España tal vez; me fijo también en esas manchas blancas y grises de la multitud rayada por los brochazos de sangre y de azul de las sombrillas.

Detrás de mí unas muchachas deliciosas parecen contemplar con estupor la escena de enesgetismo bárbaro.

Un aliento de indescriptible grandeza parte de todos los ámbitos. Se chillan, se grita, se vocifera, se insulta.

Salen las cuadrillas. Se arma un alboroto horrible acompañado de silbidos. Los picadores que han llegado tarde arman en el ruedo un carrousel horrible y fuera de todo reglamento mientras tocan la música, chirimías y atabores.

Sale un toro de Veragua, típico de Veragua. De salida le dan unos lances pero el hermoso toro es cobarde y se queda. Toma varas como puede y en este momento unos jefes de Seguridad vienen a mí y uno de ellos me dice que me va a echar a patadas.

La suerte de varas transcurre mal; insultan y chillan. El toro es muy vivo. Cuando menos lo esperan acomete y Maera hace lo que puede en quites porque el toro no se presta a lucimiento.

Avisamos al público de que en este toro no se puede hacer la crónica porque los empleados de la Plaza molestan y no dejan hacer más.

Banderillas. Mal puestas. El toro es de cuidado y los banderilleros peores. Uno intenta ponerlas a traición y el público chillan. El toro se revuelve mugiendo: es débil al castigo y se presenta mal. Siete toreros rodean al toro que se acula y busca las tablas mugiendo. El ruedo es un herradero, peor que una novillada y Maera aprovecha muy movido los tiempos libres para lanzar la fiera precipitadamente.

Freg empieza su faena desde lejos y desconfiado sin saber qué mano darle. Siguen unos capotazos, hachazos muy movidos, pases por bajo de mogollón que no son del agrado del auditorio.

Los chulos le revuelven el toro y él desde lejos muy desconfiado, sufriendo continuas coladas, lancea. Para salir del paso, desde Méjico se tira y da un pinchazo. El toro escupe el estoque. Poco después se vuelve a tirar sin arte, sin estilo y deja un bajonazo. En el tercer intento es cogido y volteado afortunadamente sin consecuencias. Silbidos, aplausos, vocerío e histerismo.

El toro muge mientras el público berrea y entre tanto la lidia transcurre sosa, horrible, de una monotonía insufrible.

Cae el toro porque sí, de aburrimiento y la gente aplaude y silba como pudiera hacer lo otro.

Le arrastran las mulillas y en paz.

Segundo mártir

Otro tipo de Veragua: alegre, muy movido. Saleri, el de Romanones, le lancea como en una novillada de pueblo: Pierden el capote y el toro se entretiene con él huyendo de los picadores y porque éstos tienen la consigna de huir también y librar los caballos que puedan. De pronto el toro se arroja sobre un caballo blanco en los tercios donde escribo y sin que nadie vaya al quite, el toro le cornea horriblemente.

Los picadores huyen del batacazo y el respetable gruñe y se desgañita pidiendo caballos, mientras los monos tienden el sudario de arpillera sobre las carroñas.

Saleri y los chulos, mal que mal. En un momento dado hay en torno de un caballo tres monosabios y cinco chulos. Nadie sabe lo que hacer. La gente abuchea horrorendamente. Cuando los picadores se atreven, el toro codicioso acude, pero como tiene la hermosa cabeza potente, los picadores huyen y el público ruge.

Un momento sentimental. Un caballo con las tripas fuera, el público protesta. Pero ¿de qué? De que si antes pedían caballos.

El toro sigue tomando varas, pero los toreros no se ven por parte alguna. No saben lo que se hacen, no saben lo que hacer, no hay dirección, ni arte sino ganas de acabar pronto.

En los tendidos mientras cambia el tercio observo el público. Ni una frase. Solo coreando el tendido de sol pide fuego para los toros.

Banderillas. Los chulos preparan al toro para salir como sea. Los lances son pesadísimos. El arte ni cosa por el estilo se ve por lado alguno. Pasa largo tiempo. A la media vuelta indecente le ponen un par. La gente ni tiene fuerzas para protestar. Solo uno dice en un tendido. —Te las debían poner a tí en el culo

Otro que quiere hacer igual es abucheadado y otro que lo hace es protestado ruidosamente.

Saleri brinda en estilo patoso y se va a la fiera con una cara de atroz fastidio. El bellissimo toro se acula en la barrera de la que en vano pretenden sacarle los chulos y a dos leguas Saleri espera.

El toro, cansado, acomete una carroña, la cornea, y Saleri da unos lances de mulaletas miedosos y precipitados que son coreados irónicamente por el publiquito. Y como quien quiere salir a escapé aprovecha, mete el estoque y huye sin que nadie diga nada.

Como este torero no sabe cosa alguna ignora el arte, de convertirle en toro, vuelve a dar precipitados pases y remata en un estoconazo caído. En este instante el toro salta la barrera por mi sitio y está mucho tiempo sin salir, entre las puertas.

Le digo a Irlés que está cerca de mí: —Mira qué toro tan divino, qué bello es.

El toro es precioso, la sangre roja resbala por el morrillo y los brazuelos.

Durante largo rato el toro mete su cabeza en un burladero y se queda cómodamente allí.

Le siguen estos malísimos toreros y a la media vuelta entre griterío ensordecedor pincha el bestiarío y escupe el toro el estoque.

Silbidos. Bocinazos. Nuevos tanteos. Un aviso. El griterío aumenta hasta el absurdo. Nuevo aviso. Y entre protestas y voces el toro se tiende. El puntillero acierta a la quinta vuelta y el publiquito se desquita en horrenda catarata de insultos y absurdos.

¡Oh! si el público supiera, si ese público supiera en qué emplea tanto dinero! ¿No sabéis que a nosotros ha venido un emisario de cierto torero de los que torea hoy y hasta nos ha prometido dinero porque lo tratáramos bien? Esto es verdad: tengo testigos. Aunque cuando yo hablo no importan éstos

Tercer toro

Entre gritos de que se vaya el diestro sale el toro, una maravilla de presen-

tación de toro. La Rosa le saluda con unas verónicas estrechas y como el público quiere ver algo bueno y el toro promete, la gente aplaude.

Nuevos silbidos a los toreros, sobre todo, a los picadores que están muy mal. De la inmensa masa de sombra salen voceríos espantosos pidiendo heroísmo, arte y belleza, algo que responda a lo mucho que le ha costado la corrida.

Dos varas puestas para librar al caballo y cambio de suerte. Todo precipitado, absurdo, falso, sin valores de arte ni de nada.

Las banderillas son puestas sin pena ni gloria entre murmullos de desconsuelo y aburrimiento. Como yo me aburro también miro los palcos, los mantones de Manila colgados de las barandas, esa masa enorme de gente con cuya fe y dinero podría salvarse España si ella quisiera.

El presidente a quien de verdad quiero y quien lo merece se aburre como yo y deja hacer.

Suenan las chirimías y La Rosa brinda saliendo hacia el toro con un paso a paso patoso que desmiente su fama de elegante y demás, da unos pases que son vitoreados sin motivo ninguno y concluyen como era natural con un pinchazo malo como la faena. Luego un pase de rodillas a toro pasado y un estoconazo que mata al toro. La gente aplaude y hasta hay neófitos, sobre todo en el tendido de sol, que piden la oreja. Como no sea la suya yo no le daría otra.

Mal, muy mal. La fiesta se va... Y toda, toda ella es como esto.

Cuarto toro

La gente de sol aplaude sin razón ninguna cuando se abre la puerta de los sustos y sale un morlaco con más pies que una cabra lanzando de refilón dos picadores al callejón. Maera intenta pararle los pies con verónicas belmontistas pasadas por agua y que no rematan por falta de arte.

Como todos los toreros traen los toros al sitio donde estoy se ven bien las suertes. Los quites, pésimos. Los lances, mal.

Banderillas. Piden que las ponga el Maera y éste que ha sido rehiletero de profesión pone pares, el primero con cierto recuerdo a sus tiempos profesionales, el segundo *corrido* por el toro y no *corriendo* al toro y llegando al estribo con intenciones de ponerlo a la mariposa. Pero lo pensó mejor y puso otro empezando al modo de Joselito y concluyendo como Dios quiso, lo que no *empece* para que una señora le tire una sombrilla.

—¿Qué dejará *esa* para luego, le digo a mi amigo Bordera?

Maera se encuentra al toro muy dulce y muy movido. Con pies le da unos ayudados que corea este público tan bueno. Tan dulce es el toro que en un pase pueblerino de rodillas no va a la enfermería por milagro. El adivina y sale a escape matando con una estocada de efecto que se aplaude porque hay ganas de aplaudir. Nuevo estoconazo y toro al suelo seguido de aplausos frenéticos y pañuelos pidiendo la oreja. Se la dan y le dan el rabo. Pero con todo respeto decimos que no fué merecida la oreja; el rabo, puede que sí.

¿Qué clase de arte hubo ahí? Un arte. El de salir del toro como sea. Y en esto fué merecido el premio. Hoy lo esencial es acabar pronto.

Quinto mártir

Riega el auto la plaza y toca la música esos pasodobles que ya suenan mejor

en todos los sitios que aquí. Recorren los piqueros el ruedo y sale ese *quinto toro* que nunca es malo según los aficionados y que es de soberbia estampa y poder. De salida arranca sobre un piquero y cae con estrépito y aparato tremendo al descubierto, éste al conducirlo a la enfermería le tanteau el *jopo* a ver si le pasa algo y como no le pasa *ná*, seguimos observando las tremendas acometidas y el herradero de estos toreros sin dirección de plaza que obran como les da la gana. Nuevos puyazos y nuevos sustos al caer al descubierto los piqueros. Pero ¿de qué carne serán estos hombres?

Pasa un aeroplano sobre el aro del circo. Los ojos se van tras de él. Los que inventaron eso no venían a las corridas. El público aplaude. Mas va a poner Saleri las banderillas y hasta el aeroplano se retira para que veamos esto.

La preparación es laboriosa pero el par resulta bonito salvo lo que de él piense el toro, que es el único que tiene razón. El segundo par es de la misma cepa y el público agrada de ver algo huele a arte, corea.

Como nuestro deber es ver y no juzgar, decimos lo que hay y en paz.

El aeroplano vuelve esta vez muy bajo y el respetable aplaude, la única vez esta tarde que lo hace con razón. *Eso, amigos, matará esto.*

Nuevo par, como los otros. Saleri sale para San Sebastián y a pesar de la prisa sale con otro par más laborioso siguiendo todos al toro en procesión y colocándolo al fin en las astas.

La gente le corea gritando: —Pero, hombre, ¿qué dirá Noel?

Noel no dice nada. Solo desea que el toro no le haga cosa alguna mala.

Faena de voluntad, mas desigual. El primer pase resulta casi joselista. Los otros, como todos. De pronto, como hay que escapar a otro sitio donde se ganan perras, estoconazo y tente tieso. Le resulta mal y él que había mandado retirar los chulos, les llama y entre todos acaban.

Dato curioso. Entre silbidos viene a a la puerta grande y le despiden con apretones de manos los compañeros. El sale emocionado de haber ganado unos miles de pesetas en tan poco tiempo.

Sexto mártir

Sale una fiera preciosa de verdad, con más humos que una locomotora y de paso en poco envía a la enfermería a un banderillero que se salva pos sus piernas y una vista que para sí quisiera Sánchez Guerra. Los batacazos son de órdago. En uno de ellos no pierde la vida el picador porque le salva la Providencia. En otro hay un detalle; el ímpetu del toro es tal, que el astil de una de las puyas salta roto y se oye en el ámbito el chasquido. Vocerío imponente. No hay caballos y la gente los pide. Arte de los monosabios para evitar quiebras a los contratistas y cobeo padre, mas el toro en la última vara en nada despena al piquero. Los matadores no se ven ni en quites ni en cosa alguna. Todo gris bajo este cielo incomparable, todo chavacano y soso aquí donde arde la luz, el aire, el ambiente como un ascua.

Las banderillas las colocan coma pueden, a la media vuelta entre seis ayudadores y aún así salen a medio palo, entre silbidos y capotes y cantos de orfeón de los de sol y sombra. Broncazos y desastre y cambio de suerte. Y la suerte es que Freg, a la primera o de

primeras hace un pase *maestro* pero que es *único* como todo lo bueno, porque lo demás no se le parece, todo es atropellado, movidito y miedoso, incluido el estoconazo que es el remate lamentable de una faena que pudo salir buena.

Y aquí Freg, un consejo. No es necesario pedir con amigos árnica a los cronistas cuando el primer pase es como fué. Pero, luego, luego... la faena miedosa, entre cinco chulos y vocerío de descontento.

En esto los del sol, piden que me pele. Sin duda quieren desquitarse del fracaso de Freg con este consejito. Pero con que yo me pele, ni Alicante se arregla ni Freg acierta y cada vez está peor.

Trae Freg al toro cerca de mi sombra y dialoga con él a la manera de Joselito, haciendo poca cosa, tan poca, que los de tendido de sol se dedican a insultarme en masa como los valientes.

Tan malo está Freg, que hasta yo mismo miro al asesor Vázquez a ver si esto acaba y debo tener influencia cuando se le envía el primer aviso. Nueva y nueva estocada. Cae el toro y cuando se va Freg, el toro se levanta otra vez. Cae al fin y suenan palmas.

¡Camará y la gana que tiene de aplaudir esta gente!

Séptimo mártir

Entre toro y toro observo el Circo. El Gobernador está cerca de mí y con él un pueblo entero, casi la provincia.

¿Quién reuniría y para qué por profundo e interesante que el problema fuera este gentío? También está el diputado a Cortes.

En esto suena el clarín y sale una motocicleta con más aires que hechos como buen Veragua. Pocas puyas y chuleo indecoroso. De improviso, el toro se abalanza sobre un piquero y le arroja sobre sus cuernos estando en ellos mucho tiempo. ¿De qué estarán hechos estos hombres? Apenas ha caído se monta de nuevo y a seguir haciendo barbaridades.

El Gobernador se va. Sin duda ha presentido que hemos notado su presencia y se marcha.

Nuevo atraconazo a un picador. El toro le cornea horriblemente arrastrándolo largo tiempo por el ruedo. No hay nadie al quite. Esto es horrendo. Aplauden a los piqueros al retirarse porque se han librado por sí mismos. Nadie dirige la lidia. La noche se viene encima. El crepúsculo tiende sobre los tendidos una luz deliciosa que plasma las personas en una masa blanca y gris como si se hubiera salpicado de cal.

¡Lástima de toros! Y si con estos toros hacen esto ¿qué será con otros? De banderillas ni hablar.

A la hora de matar, La Rosa empieza en uno ayudado por bajo y varios que inspiran a mis compañeros de tendido esta frase.

—La Rosa, vienes hoy deshojado.

Temblando de miedo mete la *espá* y así sale ello. Gracias a que estos toros de Veragua son muy nobles, sino, ignoramos lo que aquí podía pasar.

La noche va tendiéndose sobre el ruedo, apaga el vigor de las lentejuelas y solo en el aire de la lidia se ven como ramalazos de sangre el rojo de las capas de los bestiaros.

Una y otra vez se tira La Rosa a matar y nada más brusco y feo. En los tendidos se oyen voces de miedo de

pena y de rabia. Uno de estos hombres nobles me llama y me dice:

—Noel, los toros se van.

—Y tanto amigo, tanto, como se van...

Y sino ved el modo. Un aviso. En el suelo se ven tres capas como claveles deshojados, dice Bordera que se siente poeta.

Como la «fiesta deshojada» amigo Bordera.

Pasa el tiempo, largo, largo... De pronto el toro se muere. Porque se ha muerto él, él sólo, de pena, de rabia. Vienen de la enfermería.

—Noel, el picador tiene una costilla rota.

—Como la fiesta, respondo.

El último mártir

Apenas se extinguen los acordes del paso-doble el «Gallo», ese Gallo que hoy anda de trampa en trampa, sale un toro divino, blanco, que se mete por las tablas mismas sin saltar siquiera en un alarde pujándisimo de virilidad que asombra. El susto que se llevan los de barrera es tremendo. Si de pronto no dan la luz hay una tragedia.

La luz eléctrica irrumpe de pronto en el ruedo y a su luz maga la fiesta parece una cosa de magia, de pandereta, las lentejuelas recobran su poner de España de pandereta y parecemos que estamos en un abanico, en un estampa.

La fiesta de noche no resulta. Le agigantan los colores y se empequeñecen las figuras. Los arcos voltaicos caídos como lágrimas de la Raza iluminan la bellísima piel de la fiera.

Ella, sólo ella, es bella de noche como de día. Solo ella es macho. Los toreros se hacen arlequines, el toro es el de siempre.

Suena la música. Maera pone unas banderillas de su tiempo, la gente ni aplaude. No sabe qué hacer. Está cansada, rendida.

La fiesta se va...

Suenan los martillazos con que arreglan los carpinteros las tablas que rompió el toro en su empuje de su fuerza inexorable.

Y ese rasgo, sólo ese rasgo, de un toro que rompe, que destroza la barrera sin saltar para librarse de la crueldad inútil, sólo ese toro es la visión de la Raza pura e íntegra que resta en nuestros ojos.

La luz eléctrica iluminan la sangre que chorrea por los brazuelos y el traje del bestiaro. Este cita desde el estribo hipócritamente puesto cerca de un burladero y aún así y todo lo piensa mejor y sale y le pone los garapullos al relance saliendo por pies.

La noche se tiende sobre la plaza como... sobre la fiesta.

De este toro tan bello, tan bravo, nadie sabe hacer nada.

Sólo en el ruedo espera... espera como la afición que se haga algo nuevo, que rescite lo que muere sin remedio.

Cesa la música. Ni aún los músicos quieren tocar, ¿Para qué? ¡Si ya ni los pasodobles enardecen esa sangre!

La noche se ha hecho sobre la Plaza. Se han borrado los tendidos, se han esfumado las masas. Sólo queda alumbrado el ruedo...

En esto suena el clarín...

Y... Maera, de oro y verde como la vergüenza, empieza y no acaba su faena. La gente se va y la que no se va invade el ruedo. El toro muere y la gente desfila sin protestas, sin aplausos, cansada, sin ideales ningunos como quien ve que se acaba para siempre lo único que amaban...

EUGENIO NOEL.

IMP. VIUDA DE LUIS ESPÍ. ALICANTE.

== DIANA ==

Y

Club de Regatas

es donde se come bien y donde
se puede uno reir del calor,
os lo digo yo

PEPE B.

Pensión

ALBEROLA

TRIUNFO, 1

Casa de viajeros
Habitaciones higiénicas
y
Esmerado servicio

MAISON DOREE

REFRESCOS

HELADOS

DE TODAS CLASES

CONCIERTOS TARDE Y NOCHE

CALLE MAYOR

BAR NIDO

LA RICA HORCHATA

Y LOS CLASICOS

"Caragolets" en salsa

SE HACEN

EN EL NIDO

CALLE MAYOR

ACUDID A

ORTIZ

Joyería

Platería

Relojería

Mayor, 5, ALICANTE

Señoritas, acudid a la

Academia de Corte y Confección

SISTEMA MARTI

Dirigida por la Profesora

SRTA. ANGELES GARCÍA

HORAS DE CLASE

Por la MAÑANA, de 9 a 12. Por la TARDE, de 3 a 6

Diluvio, 6, 2.º

ALICANTE

RAMON NAVARRO

Azulejos

Cementos

Loza, Cristal

y Porcelana

Materiales de Construcción

Calle Sagasta

ALICANTE

JOSÉ IRLES NEGRO

Corresponsal

de Libros

Diarios

— y —

Revistas

Calle Triunfo

ALICANTE

JUAN CLIMENT

La mejor casa
de
composturas

EN SOMBRILLAS

PARAGUAS

Y ABANICOS

Calle Princesa

LILLO y Comp.^a

Castaños, 53



ZAPATERIA

Id y quedareis conven-
cidos de que encontrais
economía y ELEGANCIA

Depósitos y Taller de Mármoles

DE

JUAN B.^{TA} ALCARAZ

LÁPIDAS, ESCULTURAS, PANTEONES

Sarcófagos en Mármol y Piedra

Se facilitan Proyectos y Presupuestos

Bailén, 21

ALICANTE

FARO

Quita Dolores

de Cabeza

MOLTÓ Y VARELA

TEJIDOS, PAÑERÍA

NOVEDADES

La casa más surtida y de mejores condiciones

Calle Mayor — ALICANTE

GRAN RESTAURANT "BALNEARIO ALHAMBRA"

Concesionario: VICENTE LLORET

Cocina de primer orden

Servicios por cubiertos y a la carta